

A close-up photograph of a person wearing a dark suit jacket, a white shirt, and a blue and white striped tie. The person is holding a silver handgun in their right hand. The background is dark with some blurred lights.

MINERVA
HALL

ROLE
PLAYING

Un juego peligroso

Copyright © 2017 Minerva Hall
Copyright portada © Fotolia
Diseño Portada: M. H.
Maquetación: M. H.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.
All rights reserved.

DEDICATORIA

A Kelly Dreams.

Amiga y musa inspiradora. Experta en clubs, amos y mazmorras. Gracias por acompañarme en este difícil camino y permanecer a través de los años.

Este libro es para ti, porque no podía ser de otra manera.

¡Tu invitación te está esperando en el buzón!

Te esperamos en el *Pleasure's Club*.

ROLE PLAYING

Un juego peligroso

SINOPSIS

Abbie Morrison es una mujer chapada a la antigua, que no cree ni en el sexo ni en el amor. Sin embargo, no es capaz de negarse a la propuesta de su mejor amiga: asistir una noche como invitada especial a un exclusivo club sexual.

Daniel, un hombre fuerte y decidido, que lleva años tratando de desengancharse de su adicción al peligro, acaba de rebote en el peculiar local de su hermano, seduciendo a la más mojigata de todas las hembras del lugar.

Pero cuando la luna brilla en lo más alto y los dos dejan salir sus miedos interiores, la pasión los llevará en un laberinto de deseo, angustia y terror, envueltos en una carrera contra el tiempo, para lograr atrapar a un enemigo invisible que atenta contra la seguridad de todas las mujeres de la ciudad.

¿Serán capaces de dejar a un lado sus más profundos temores y sucumbir a la auténtica emoción en los brazos de su verdadero compañero entre intrigas, desapariciones y horror?

«Una historia de dos almas perdidas que, en el peor de los escenarios posibles, encuentran algo que ignoraban estar buscando. Bienvenidos al *Pleasure's Club*».

CAPÍTULO 1

—No estoy nada segura de esto, Morie —murmuró Abbie mientras bajaba del asiento del copiloto del coche de su mejor amiga. Los zapatos de tacón le resultaban molestos y el sexy vestido que Morie había escogido por ella para la ocasión la hacía sentir extrañamente desnuda.

El chal de cachemira negro resbalaba sobre sus hombros, a pesar de su intento por mantener el vergonzoso escote bien cubierto. No estaba tan bien dotada como la otra mujer y, aunque lo estuviera, era una chica de jerseys de cuello alto. Aquello estaba mal, debería darse la vuelta y olvidar que aquel club existía.

Por más que Morie le hubiera suplicado que la acompañara, por más que ella fuera lo más parecido a una hermana que tenía; estaba yendo contra su propia moral en aquel lugar, aquella noche.

—Vamos, por favor, Abbie. Solo será media hora, una a lo sumo. No tenemos que quedarnos toda la noche. Déjame echar un vistazo, sabes que me muero por visitar la mazmorra, incluso si no participo en las actividades, quiero hacer un poco de investigación para mi nuevo artículo y tú dijiste que era peligroso que viniera sola.

Y lo era, más peligroso que nada que su amiga pudiera imaginar. Morie era reportera de una revista para mujeres. Una revista de alto contenido erótico, *Sex&Roses* y su editora le había encargado un artículo sobre nuevas tendencias sexuales. No era que algo de lo que tenía que ver con el sexo fuera nuevo, pues era tan antiguo como el tiempo, pero había ciertas prácticas que a Abbie le ponían los pelos de punta, que sí se habían puesto de moda en los últimos años. La nueva literatura romántico-erótica para mujeres estaba cambiando el punto de vista de mucha gente. En algunos casos, abriendo mentes, pero en otros...

Trabajaba como investigadora forense del departamento de policía y había visto cosas que lograban hacer que se estremeciera. No siempre las prácticas sexuales salían bien, no siempre eran consentidas y, a veces, la violencia controlada a la que se dedicaban algunas parejas del mundo BDSM traspasaban ciertas fronteras. El club en el que estaban a punto de pisar era un claro ejemplo de ello. Hacía un par de meses, había aparecido en los alrededores una mujer, estaba destrozada. Su cuerpo era una maraña de golpes sin sentido, desnuda a excepción de unas rotas medias de rejilla y unos altos tacones, había sido abandonada a la intemperie para morir. No había sido algo rápido, de haberla encontrado unos minutos más tarde, nadie podría haber hecho nada para salvar su vida.

Había aceptado protección y había entrado en un programa específico para mujeres maltratadas, el dispositivo se había activado de inmediato y gracias a la rápida reacción de uno de los detectives de su departamento, la mujer estaba sana y salva en una casa segura. ¿El resultado? Años de terapia y dolor. Nadie podría evitarle ya las consecuencias de una loca noche de juerga en un estúpido club.

Observó el edificio que se alzaba orgulloso ante ellas. De no haber sabido que estaba allí, probablemente lo habrían pasado por alto. No había en el frente grandes luces de león anunciando su presencia, apenas un cuidado letrero en el cristal opaco de la puerta principal y un guardia con brazos de cincuenta centímetros de diámetro vigilando el acceso al interior. Un matón.

Le desagradaban profundamente los matones.

—Sabes que no te voy a dejar tirada —murmuró Abbie sin apartar la vista del hombre que, de brazos cruzados, les mantenía la mirada. No había una larga fila de gente esperando para entrar, alguna persona ocasional, cual cuentagotas, entraba de vez en cuando, sin mirar atrás. No tenían miedo de que los vieran allí, parecían habituales. El aspirante a guardaespaldas los conocía.

Tomó una profunda bocanada de aire y negó con aprensión. No debería estar aquí, un escalofrío recorría su cuerpo a modo de advertencia:

«Cuando abandones este lugar esta noche, no serás la misma persona».

Su afilada conciencia lo tenía muy claro. No era una mujer liberal. Había tenido dos relaciones serias en su vida y un solo amante. No había sido gran cosa, en realidad, suficiente para deshacerse de la molesta virginidad y no ser considerada un bicho raro, pero todavía se preguntaba por qué la gente le daba tanto valor al sexo. Para ella solo habían sido quince minutos de molestia la noche de los sábados. El único día que su aplicado novio tenía libre para compartir con ella.

Borró aquella imagen de su mente dejando el pasado donde estaba, bien encerrado en lo más profundo de su memoria.

—No te preocupes. No es más que un club. Tomaremos una copa, bailaremos un poco y quizá consigamos una visita guiada. Nos marcharemos antes de que puedas pensar en ello.

Abbie asintió secamente. No le habría servido de nada discutir con Morie de todas formas. Ella tenía una forma muy peculiar de ver la vida y las relaciones. No cargaba con los mismos prejuicios que ella, eso estaba claro.

—¿Has traído las invitaciones?

Morie las sacó de su bolso y las agitó en el aire.

—¡Qué suerte tengo de que mi editora tenga enchufe en todas partes!

Bárbara era una mujer con una buena cartera de inversiones, una ayudante personal y unas cuantas manías. Jamás conducía, siempre era trasladada en limusina y todos los días, sin excepción, un nuevo aspirante a Mister Mundo gravitaba pegado a su alrededor. Ni que decir tenía que la palabra discreción no existía en su diccionario. No tenía pudor alguno y ya había tenido que enfrentar un par de multas por exhibicionismo y alteración del orden público.

Su cartera de abogados había logrado que saliera impune y libre de mácula. El dinero lo podía todo, incluso comprar, en ocasiones, la justicia. Siempre que dieras con la persona adecuada. El juez que visitaba clubes nocturnos de élite para perversos sexuales.

Suspiró. Y esta noche estaba ella allí, ante aquella puerta que le daría la bienvenida al mismo infierno.

—Hagamos esto antes de que cambie de idea —susurró, más para sí que para su amiga, mientras intentaba insuflarse valor. Necesitaba dar aquel paso, perder el miedo. ¡Trabajaba para el departamento de policía! No les gustaban los cobardes y demostraría, se demostraría a sí misma, que no lo era.

Morie caminó con decisión hacia el hombre que esperaba en la puerta y coqueteó descaradamente con él. Le entregó sus invitaciones y le dedicó lo que Abbie llamaba «la sonrisa», esa que conseguía que todos los hombres en varios kilómetros a la redonda cayeran rendidos a sus pies. Ella nunca había tenido su encanto.

Tendría que pensar en un modo alternativo para salir de allí. Antes de seguir a Morie dentro miró al hombre y preguntó:

—¿Ofrecen servicio de taxi?

El hombre se limitó a sostenerles la puerta y le dedicó un seco asentimiento, no pronunció ni una sola palabra y sus ojos no llegaron a posarse en su persona más de un minuto.

Abbie tomó una profunda bocanada de aire y dio un paso hacia el interior. El agradable aroma inundó su nariz al mismo tiempo que la calidez del local le daba la bienvenida. Se sintió un poco menos nerviosa ahora que podía ver la sala. No se distinguía de una normal. Las paredes estaban pintadas con gusto, no había estridentes colores rojo o rosa chillón. Los taburetes altos, en la docena de mesas que rodeaban la pista de baile, no tenían aspecto amenazador, sino que invitaban a sentarse un rato y tomar una copa. La luz no parpadeaba y la gente que disfrutaba dentro, no tenía aspecto de asesinos en serie o depravados sexuales.

Hombres con traje y corbata o vaqueros y camisa; algunos llevaban deportivas y otros lustrosos zapatos. Nada de cuero o cuerpos exhibiéndose. Ni una sola conducta inapropiada más allá de un beso un poco entusiasta o una mano cariñosa. Las parejas parecían realmente disfrutar de su entorno y el lugar era apacible, hasta el punto en el que un club podía llegar a serlo.

Siguió a Morie hasta la barra y observó de nuevo el modo en que desplegó sus encantos con el camarero. El hombre las recibió a ambas con la misma amabilidad, les sirvió sus bebidas, un *Martini* para Morie y un refresco de naranja para ella, con burbujas, odiaba las bebidas aguadas. No hubo un juicio crítico en los ojos de él cuando le entregó su bebida, tan solo una sonrisa comprensiva.

Morie fue directa al grano y preguntó por las instalaciones. La risa brilló en los ojos del hombre, mientras sacaba un par de panfletos con una serie de normas y un pequeño plano.

—No lo necesito —dijo Abbie de inmediato empujando el papel hacia él como si quemara, tocándolo con apenas la punta de su dedo índice—. Solo soy la compañía —se apresuró a explicar, repentinamente nerviosa al leer ciertas palabras como «amo», «sumisa» o «mazmorra»—. Me tomaré mi refresco y esperaré aquí mismo a que ella termine su recorrido.

Morie rio de nuevo, sabía exactamente lo que estaba pensando, aunque no lo hiciera de forma dañina.

«La santa de Abbie que nunca ha tenido un verdadero orgasmo».

No le importó, cada cual tenía la vida que tenía. Quizá la que merecía. Desde luego las dos eran muy diferentes, pero no era necesario compartir opiniones o la visión del mundo para quererse y cuidarse la una a la otra como si fueran familia. Y, a pesar de toda su inquietud, no planeaba abandonarla. Esperaría hasta que explorara lo que tuviera que explorar y si por casualidad se sumergía en aquellas actividades y decidía quedarse a pasar la noche, pediría un taxi. El portero había admitido con disgusto que disponían del servicio.

—No voy a tardar mucho, cariño —dijo inclinándose sobre ella y besándola en la mejilla. Después miró al camarero—. Sírvele lo que quiera, yo lo pagaré.

El hombre asintió y deseó:

—Buena caza.

¿Buena caza? ¿Qué diablos era eso? ¿Algo tipo: *Que la fuerza te acompañe?*

Jugó con su vaso, dándole vueltas entre sus manos y se sintió tremendamente expuesta. Sola, en un club, con un montón de gente a su alrededor y sin esperanzas de disfrutar de algún tipo de diversión esa noche. Solo quería volver a casa, tumbarse en el sofá y ver el nuevo capítulo de *Lucifer*. ¿Era tanto pedir? Estaba muy bien ver el Lux en la tele, pero este lugar que no se parecía en nada al otro, aunque fuera un antro de perversión... (lo de antro podía ser demasiado fuerte, era un lugar agradable), no era su sitio. No debería haber ido nunca, pero ¿cómo abandonar a su suerte a Morie? Se mordió el labio nerviosa, mientras se clavaba dos uñas en el pulgar sin darse cuenta.

—Va a estar bien.

—¿Perdón? —Levantó la vista para mirar al camarero que la observaba con el ceño fruncido y quizá cierta dosis de preocupación. Era un hombre guapo, no era su tipo, pero podría haber pasado las barreras de muchas mujeres. Alto, en forma, rubio y de ojos claros. El vello de sus brazos brillaba con la luz, como si los rozaran los rayos del sol, y la seguridad en sí mismo le procuraba cierto atractivo. No estaba mal, nada mal, pero se recordó que era un tipo dado a la perversión, aquel lugar era para amantes de lo erótico y lo prohibido.

Ella era una puritana y se moriría siendo así.

—Tu amiga va a estar bien —aclaró—. Es un lugar seguro, incluso si participa en alguna de las actividades que ofrecemos, nadie le hará daño. Bajo ningún concepto. Cuidamos de la gente aquí, tenemos

empleados que se ocupan de la seguridad de nuestros clientes, especialmente de los sumisos y las sumisas. No debes preocuparte.

¿Sumisos? ¿Sumisas? ¿De qué le estaba hablando? Morie solo iba a hacer un tour, nada más. No iba a participar, iba a ver, a investigar para su artículo. Se dijo que se preocupaba por nada, el camarero tenía razón.

—Lo siento —se disculpó pensando que quizá su actitud le estaba resultando ofensiva—. Me siento fuera de mi elemento —explicó con sinceridad—. Es solo que no suelo salir mucho y este lugar es muy agradable, pero...

—Te has puesto nerviosa cuando has visto la información de nuestro lado más... ¿canalla? —Le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Todos tienen libertad de acción aquí, nadie está obligado a nada, preciosa. Te lo garantizo.

—Sí, estoy segura, no pretendía insinuar otra cosa. —De nuevo los nervios, la inseguridad. ¿Nunca iba a acabar eso? Era una profesional muy decente, muy buena en lo que hacía, pero inútil en las relaciones sociales. Si no fuera por Morie, viviría completamente sola, aislada, destinada al más puro y doloroso ostracismo.

—Mira, podría conseguir que te lleven a dar una vuelta por el club, una escolta, quizá eso te tranquilizaría y podrías asegurarte de que ella está bien.

Su cabeza negó incluso antes de que su cerebro procesara la oferta. No quería moverse de allí, no creía que fuera capaz de hacerlo. Sus piernas temblaban violentamente sentada, si se levantaba, colapsaría en el suelo y sentiría la vergüenza más salvaje de su vida.

—No es una buena idea. Gracias por intentar relajarme, soy nerviosa por naturaleza y me cuesta. Es una respuesta superior a mí. —Forzó una sonrisa tratando de que fuera tranquilizadora y tomó un sorbo de su refresco.

—Soy Gabe —dijo ofreciendo su nombre—, si necesitas algo o reconsideras aceptar la oferta, pregunta a cualquiera de los camareros por mí. Este lugar es para el placer, no para el miedo. Intenta relajarte, nadie te hará daño.

Abbie asintió, pero los nervios eran evidentes en su pose, por dentro sentía como si un terremoto estuviera haciendo papilla sus entrañas, pero iba a resistir. Lo haría por su bien y por el de su mejor amiga.

«Morie, más te vale que valores lo que estoy haciendo por ti», se dijo en silencio y prometió que la arrastraría a la siguiente convención de videojuegos, por más que odiara ir.

Esta vez... ise lo debía!